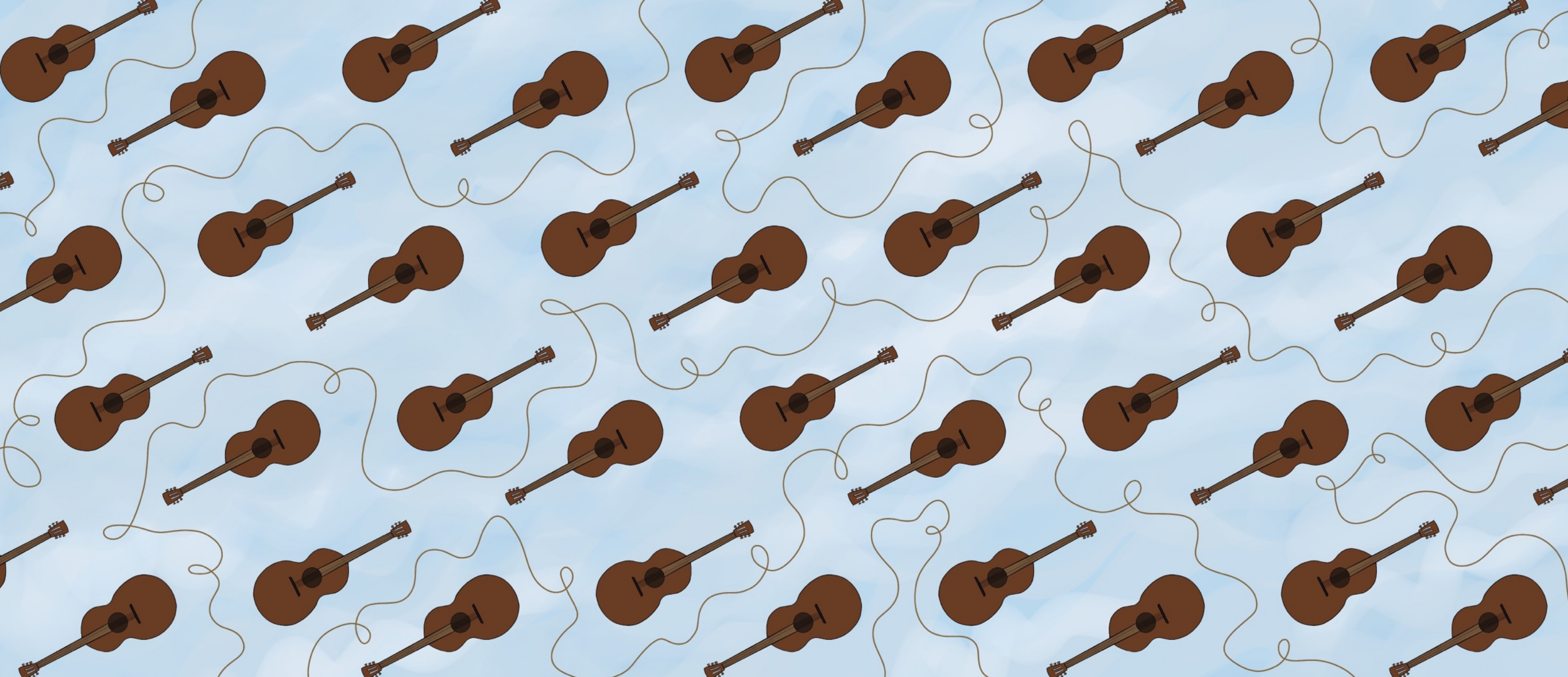


ROSENDO y su guitarra

Rafael tepec



Ilustraciones: Luis Armando Alarcón



Rosendo y su guitarra

Autoría principal

Rafael Tepec

Texto de presentación y semblanza de Rosendo Radilla Pacheco

Natalia Pérez Cordero, Fundar Centro de Análisis e Investigación

Tita Radilla

Rafael Tepec

ARTICLE 19 México y Centroamérica

Ilustraciones

Luis Armando Alarcón

Cuidado editorial

Claudia García Ramírez

Mariana Gurrola Yáñez

Proofreading

Claudia García Ramírez

Mariana Gurrola Yáñez

Diseño editorial

Sandra Stephanie Martínez Lagunas

Corrección de estilo

Mariana Gurrola Yáñez

Natalia Pérez Cordero



Segunda edición: agosto 2026

Forma recomendada de citar. Tepec, R. Alarcón, L. (2025). Rosendo y su guitarra.

Fundar Centro de Análisis e Investigación, Artículo19, xx pp. Ciudad de México.

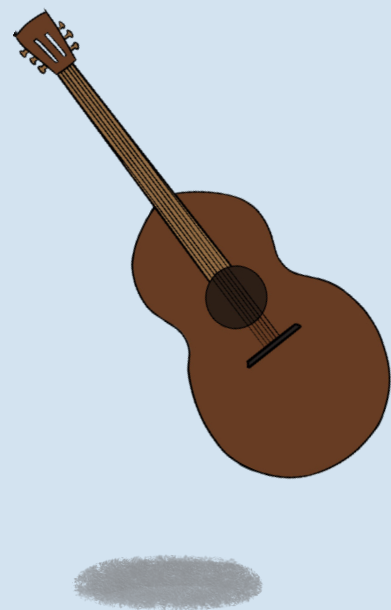


Rosendo
y su guitarra

Rafael tepec

Ilustraciones: Luis Armando Alarcón

Presentación



Rosendo y su guitarra busca preservar la memoria histórica a través de una narrativa gráfica que retrata uno de los periodos más oscuros del México contemporáneo: el *terrorismo de Estado* en Guerrero durante la década de 1970. En este contexto de represión sistemática, el Estado mexicano implementó una política de terror generalizada para sofocar cualquier forma de articulación social y popular, recurriendo a la desaparición forzada, la tortura —incluida la violencia sexual contra mujeres, adolescentes y niñas—, las ejecuciones arbitrarias y el desplazamiento forzado interno, especialmente en regiones con fuerte presencia campesina y organización guerrillera.

Este relato de ficción, basado en hechos reales, permite acercarnos a la experiencia de las víctimas, empatizar con su dolor, su lucha y su resistencia frente al autoritarismo del Estado en los años 70. También es un llamado a romper con la indiferencia, que a menudo rodea estos temas, en un país donde la impunidad persiste y miles de desapariciones siguen sin respuesta.

Este cuento es una invitación a no olvidar, una contribución a la memoria colectiva para sensibilizar a las nuevas generaciones sobre las graves violaciones a los derechos humanos cometidas en el pasado. Es, finalmente, una consigna ética y política: que los horrores aquí narrados no se repitan nunca más.



Les voy a contar la historia de un niño que nació en un pueblo ubicado entre el mar y la sierra, a quien sus padres lo bautizaron con el nombre de Rosendo.

Él era como los otros niños y niñas del pueblo costeño: inquieto, juguetón y alegre. Desde pequeño jugaba con una guitarra, por lo que pronto aprendió a tocarla.

Su infancia la pasó en una casa de adobe con techo de teja. En el patio, sus padres asoleaban el café que cultivaban para poder alimentar a su familia.

Creció y sus manos juveniles aprendieron a cosechar el café, quizá por eso su canto era aromático. Cantaba corridos que él mismo le componía al viento, a la montaña, al bravío mar.

Pasaron los años y la guitarra se volvió su inseparable compañera. Rosendo se hizo adulto entonando sus canciones por las calles del pueblo. Su voz viajaba lejos y el eco le traía noticias de la situación en la que vivían sus familiares y sus paisanos. Así se enteró que había pobreza, que no en todas las comunidades había escuelas y menos maestros, tampoco había medicinas ni médicos.

Supo que en el monte había hombres y mujeres que se organizaban para alzarse y luchar por un mundo mejor.





Y que también había personas ricas que se aprovechaban de las personas pobres, acaparando y comprando a bajo precio las cosechas, imponían cuotas en las escuelas y gobernaban en todo el país. Los ricos eran tan ricos que tenían a su servicio a un ejército de lagartos gigantes, de pieles verde oscuro, robustos, con colas largas, garras afiladas y ojos saltones que veían perfectamente en la oscuridad.

Un día los ricos soltaron a las milicias saurias para perseguir a quienes se alzaban en el monte. Empezaron a asustar a las personas, se metían a las casas, también a las escuelas, correteaban a todo mundo: hombres y mujeres, niñas, niños y personas ancianas.



A quienes atrapaban les mantenían cautivos y cautivas, les tundían a coletazos, cuando se aburrían les soltaban, pero pronto dejaron de hacerlo. La gente decía que veía cómo les arrastraban a sus cuevas húmedas, oscuras y silenciosas. Además de los reptiles, nadie podía entrar ahí. Quien era arrastrado por algún lagarto tenía pocas posibilidades de salir.

Cada vez eran más y más saurios. Cuentan que venían del Campo Lagarto, una fortaleza construida sobre un lago y protegida por un conjunto de volcanes, habitada por los reptiles de mayor jerarquía. Cerca de ese lugar se encontraba el palacio del Comandante Supremo.





Cierta noche aparecieron unos lagartos voladores. Cuenta la gente que estos eran los más temibles porque en medio de la oscuridad llegaban a las cuevas costeras, sacaban a las personas y apresadas entre sus garras se las llevaban volando a otras cuevas en las profundidades del mar. Fue un tiempo de terror.

Con movimientos rápidos y silenciosos, mujeres y hombres peleaban en las montañas contra estas criaturas.

Rosendo seguía haciendo sonar su guitarra. Componía cantos a las y los valientes del monte y su música retumbaba fuerte, como las olas que rompen en un acantilado.





Un día mientras caminaba con su guitarra entre las manos, fue capturado por los lagartos que habían atravesado sus colas en el camino. Abriendo sus enormes fauces le preguntaron:

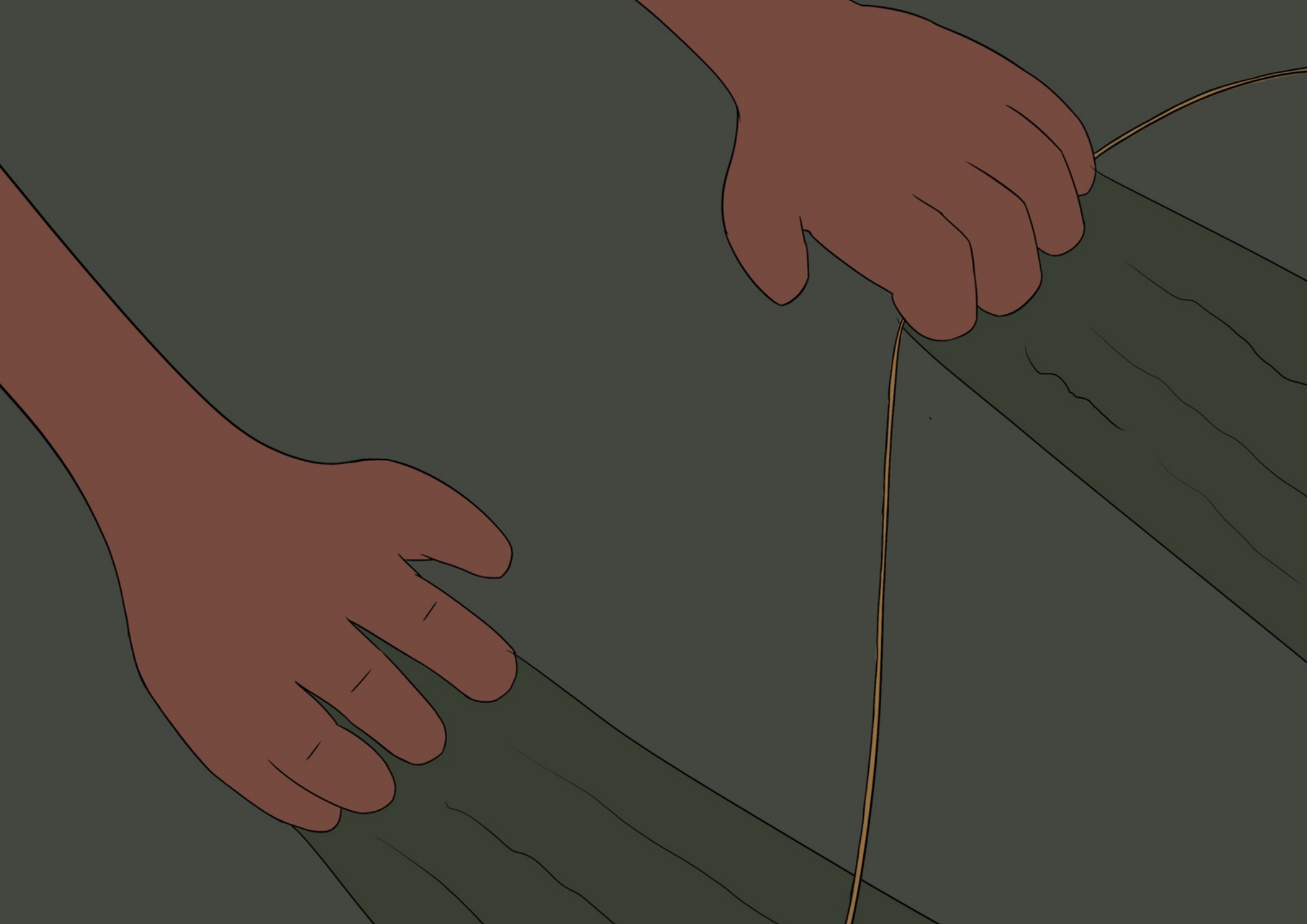
- ¿Tú eres el cantor? - Él se sorprendió al saber que podían hablar.

- Sí, yo soy campesino, señores... y también soy músico - contestó con tranquilidad.

- ¿Por qué me detienen? - se atrevió a preguntarles.

Los lagartos respondieron:

- Porque no nos gusta el ruido que haces, como lección a quienes andan en los montes y porque nuestro Comandante Supremo así lo ha ordenado.



Con un coletazo le golpearon las manos, su guitarra salió volando y cayó bajo una palmera. Rosendo quiso levantarla, pero lo empezaron a arrastrar, y al aferrarse a ella le arrancó una cuerda.

Desde entonces ya no se escucharon sus cantos. Dicen que se lo llevaron los lagartos voladores a las cuevas submarinas.



Al poco tiempo, se supo que el líder de los alzados del monte fue capturado y devorado. Sus compañeros y compañeras tuvieron que refugiarse en otras montañas, prometiendo regresar a liberar estas tierras del gobierno de los ricos y de sus criaturas reptilianas.

Los lagartos siguieron aterrorizando, arrastrando y devorando a las personas. Hasta que un día volvieron a sus cuevas, algunas quedaron abandonadas, pero dicen que desde la oscuridad siguen acechando.



Un momento, me he olvidado de contarles que cuando los lagartos se fueron del pueblo, la guitarra de Rosendo mágicamente se levantó entre cáscaras de cocos.

Empezó a buscar la cuerda que le faltaba y las manos del hombre que la hacía vibrar. “¿Dónde está Rosendo? ¿Dónde está mi cuerda?”, se oía desde el interior de su cuerpo de madera. La guitarra recorrió los caminos que anduvo con él, preguntaba y gritaba, pero nadie contestaba su llamado.

En ese andar se encontró con un diario con hojas en blanco, que aguarda el momento en que Aida regrese a registrar su vida clandestina. Con una guayabera a la que le falta un botón y que busca a Marcelino para volver a cubrirlo. Con un peine que espera volver a acariciar, una y otra vez, el cabello de Mariana.





Después llegó un vestido que recuerda las suaves ondulaciones del caminar de Perla. Unas tijeras que sueñan con volver a cortar el cabello y por eso investigan dónde está Lucio, su dueño. Un hacha que, anhelando cortar leña para calentar su hogar, pregunta por las manos de Antonio. Otras guayaberas que buscan a Heriberto y a Miguel. Unos lentes con los que Gloria veía la utopía por la que se sumó a la lucha de los alzados del monte. Un huarache que busca a su hermano para volver a caminar bajo los pies campesinos de Alberto. Un pañuelo que vaga sin sentido desde que dejó de absorber el sudor del rostro de Jerónimo. Un arado que se olvidó de labrar la tierra cuando Julio fue capturado por los lagartos.

Así, el grupo siguió creciendo. Entonces su búsqueda solitaria se volvió colectiva. Juntos han recorrido cafetales y huertas de cocos, sierras y playas, brechas y carreteras, pueblos y ciudades. Incluso, han llegado a los lugares donde se sabe que estuvieron las cuevas de los lagartos. Pintaron y bordaron mantas: ¿Dónde están todos y todas?

Aún no les encuentran, les siguen buscando. A veces se cansan y lloran. Entonces del interior de la guitarra podemos escuchar que suenan estas notas:

*Les buscamos porque les queremos,
¡hasta encontrarles!*



Rosendo Radilla Pacheco



Desde finales de los sesenta y durante la década de los setenta, el municipio de Atoyac de Álvarez, Guerrero, fue escenario del terrorismo de Estado cuya expresión más siniestra y de carácter continuado es la desaparición forzada. Organizaciones como la Asociación de Familiares Detenidos Desaparecidos y Víctimas de Violaciones a los Derechos Humanos en México (AFADEM) han documentado la comisión de más de quinientas desapariciones forzadas cometidas por elementos del Ejército, de la Dirección Federal de Seguridad y grupos paramilitares.

Rosendo Radilla Pacheco se había destacado por ser un líder social en Atoyac, llegando a ser presidente municipal (1955-1956). En el contexto del terrorismo de Estado, Rosendo componía y cantaba corridos en los que narraba la lucha armada de los profesores Genaro Vázquez Rojas y Lucio Cabañas Barrientos. Algunas de sus letras fueron recuperadas por su hija Andrea Radilla Martínez en su obra *Voces acalladas, vidas truncadas* (2008), de donde se han extraído los siguientes fragmentos:

A Genaro Vázquez

Voy a cantar un corrido
A todo México entero
Yo les contaré la historia
De un maestro guerrillero
Genaro Vázquez fue el hombre
Que al rico dejó temblando
Del campamento Morelos
Ordenaba a sus comandos
Ve a traer a esos hombres
Que al pueblo siguen robando.

(Sin título)

Para cantar mi canción
Pido licencia primero
Ya todos los mexicanos
Debemos ser guerrilleros
...
Ahí está Lucio Cabañas
Con todos sus guerrilleros
Son muy grandes sus hazañas
Ya lo sabe el mundo entero.

Rosendo cantaba sus corridos para difundir la situación, en pleno ejercicio de su libertad de expresión; sin embargo, el Ejército lo detuvo como si esto fuera un delito, en represalia por su activismo social. El 25 de agosto de 1974, viajaba de Atoyac a Chilpancingo, con su hijo menor del mismo nombre. El autobús fue interceptado para su revisión en un retén militar. Rosendo fue detenido y posteriormente trasladado a las instalaciones del cuartel militar de Atoyac, en donde se le vio por última vez. Sumándose así a cientos de víctimas de desaparición forzada. Hasta el día de hoy se desconoce su paradero. Al pequeño Rosendo lo dejaron ir y pudo avisar a sus familiares de la detención de su padre.

A cinco décadas de distancia, el Estado mexicano aún tiene una enorme deuda con las víctimas. Aunque se han creado organismos especiales para investigar los hechos, todavía no se conoce el paradero de las personas desaparecidas, no se ha castigado a los perpetradores y tampoco existen políticas de memoria.

AFADEM y grupos de la sociedad civil siguen luchando por tener acceso a la verdad, a la justicia y la reparación integral para las víctimas. Desde, AFADEM se ha construido el recuerdo colectivo de sus familiares ausentes a través de rituales, bordados, exposiciones fotográficas, la resignificación de lugares simbólicos, así como la creación de un museo y prácticas conmemorativas que tienen como finalidad mantener viva la memoria de las personas desaparecidas.

Sirva este breve cuento a ese propósito, ¡hasta encontrarles!

Los corridos son un género musical en México que buscan contar historias verídicas a través de la música. Se popularizaron durante la Revolución Mexicana como una forma de comunicar y documentar los acontecimientos que sucedieron durante este periodo: hazañas, noticias y actos heroicos. Rosendo Radilla Pacheco fue detenido y desaparecido por cantar corridos y difundir a través de sus letras las injusticias que vivía el campesinado. Este cuento, para chicxs y grandes, no es un corrido, pero sí tiene como objetivo mantener viva la memoria colectiva, de Rosendo y de todas las víctimas del Terrorismo de Estado en la década de los 70.

